

## Capítulo V

## El premio de la humildad

**M**AGAMOS á un lado por un momento á la interesante familia de D. Luis, y llevados por la acción misma de los sucesos, trasladémonos á una de las casas que en aquellos días se alineaban en la dilatada calle en que los franciscanos levantaban el convento que de allí en adelante había de albergarlos por cerca de tres siglos.

Como en todas las artes, los mismos misioneros fueron los maestros de los indios en la arquitectura, y á los indios y á ellos se les deben los primitivos templos cristianos de la ciudad.

Tratando de este asunto y ponderando con justicia el ingenio y artificio de los naturales, dice Torquemada:

«Hacen y labran arcos redondos, escorzados y terciados y portadas y ventanas de mucha obra, y cuantas cosas de cantería han visto, y ellos son los que lo labran todo.

»En esta ciudad han hecho mucha y muy buena can-

tería, y la obra de esta iglesia de Santiago, que es una de las mejores del reino y de las buenas de España, la han trabajado los indios sin más industria ni maestre que yo, que he sido el que la he trazado y ellos puéstolo en ejecución con sus manos, así en la mampostería como en la cantería.

»Lo que ellos no habían alcanzado y tuvieron en mucho cuando lo vieron, fué hacer bóvedas, y cuando se hizo la primera, que fué la capilla mayor de la iglesia vieja de San Francisco de esta ciudad de México, por mano de un cantero de Castilla, maravilláronse mucho y no podían creer sino que al quitar los andamios se había de caer y ninguno osaba andar por abajo, mas viendo que quedaba firme la bóveda, luego perdieron el miedo.»

En un principio, los artesanos españoles ponían todo su empeño en ocultar sus procedimientos, á fin de ser ellos sólo á explotarlos, pero los frailes por una parte y por otra el natural ingenio de los indios, fueron poco á poco rompiendo el secreto, y dueños de él, los artesanos del país pudieron bien pronto competir con los españoles.

Los desgraciados indígenas que se veían maltrechos y maltratados por los encomenderos, recibieron con justicia, como á padres, á aquellos humildes misioneros que vivían en la mayor pobreza, que nada pedían para sí, y que con dulces palabras procuraban consolarlos y enjuagar las lágrimas de sus ojos.

Y cuando la ocasión se ofrecía, no sólo á esto se limitaban, sino que dejándose poseer de humanitario celo, increpaban al avariento encomendero su codicia y crueldad, tomando el partido y defensa de los indios.

Esto les valió el odio y los insultos de los españoles, según cándidamente lo refiere Motolinia en las siguientes líneas:

«El galardón que de nuestra conducta recibimos, fué oírles decir:

«Estos frailes nos destruyen y quitan que no estemos ricos y nos quitan que se hagan los indios esclavos: éstos hacen abajar los tributos y defienden á los indios y los favorecen contra nosotros y son unos tales y por cuales, y no miran los españoles que si por los frailes no fuera, ya no tuvieran de quién se servir, ni en casa ni en las estancias, que todos lo hubieran ya acabado, como parece por experiencia en Santo Domingo y en las otras islas, á donde acabaron los indios.»

Pero ¿qué caso habían de hacer los codiciosos pobladores de las palabras de los misioneros, cuando ninguno habían hecho de las del mismo emperador Carlos V.

Aquel gran monarca, en las primeras contestaciones que dió á las cartas de Cortés, buscando modo de apaciguar el exagerado celo del conquistador para convertir á los indios, le encargó los redujera al cristianismo por los medios más suaves que la religión le sugiriera, siendo solamente agradable á Dios la conversión de los infieles que se solicita de este modo y no la que se hace por miedo.

Que se desengañaran de que jamás se ganaría la voluntad de los pueblos conquistados, si no los dejaban como pedía la justicia en la pacífica posesión de todos sus bienes, pagándoles exactamente lo que de ellos recibían y manteniéndoles las palabras que les daban: que con estas virtudes les sería á los naturales ménos duro el

dejar la idolatría y sacrificios humanos, puntos en que debía insistir.

Añadía á esto, que había sabido con pena que muchos españoles hacían entradas por aquellas tierras, sin que los mexicanos hubiesen dado causa, por lo que deseando prevenir los inconvenientes que de estos latrocinios nacían, mandaba que, aunque aquellas naciones tomasen las armas contra los españoles, no por eso se les hiciera guerra, si no era después de tres intimaciones de rendir las armas.

En los mismos despachos el emperador anulaba los repartimientos que Cortés había dado á sus oficiales y soldados, dando desde aquel día por libres de toda servidumbre á los mexicanos y demás naciones de aquel continente, conforme al parecer de sus teólogos y consejeros, que tenían por cierto que la despoblación de las islas de la América nacía de esta raíz.

Para recompensar á los conquistadores de la pérdida que les originaba en desposeerlos de los repartimientos, les concedía Carlos V ciertas posesiones en aquellos campos, y solares en las ciudades, que podrían vender después de cinco años que los habitaran, y las multas por diez años, con la condición de que su producto lo emplearan en componer caminos y hacer puentes.

Luego que estos despachos se publicaron se dividieron los españoles en partidos: los hombres íntegros ensalzaban la determinación del emperador de dar por libres á los mexicanos, como dictada por la equidad.

Al contrario los que disfrutaban repartimientos, prorumpían en expresiones poco decorosas á la Majestad, tachando de injusticia manifiesta aquella sabia resolu-

ción que privaba de sus justas utilidades á quienes con su espada se las habían ganado.

Y como casi siempre sucede por vicio de la naturaleza humana, que mediando los intereses de los particulares, éstos se sobreponen al bien común, á fuerza de representaciones obligaron á Cortés á sobreseer en aquel punto, é informar al rey de los inconvenientes, exageradamente abultados (1).

Así pues, los repartimientos subsistieron, y cada encomendero, temeroso de que otra más fuerte ley le privase de ellos, se dedicó á obligar á los indios á trabajar como bestias de carga, sin piedad ni conmiseración.

Los indios trataron de rebelarse contra aquella tiranía, pero aun cuando reconociese que la justicia estaba de su parte, en ovio de evitar mayores males, Cortés cayó sobre ellos, y matando á los cabecillas sofocó el alzamiento.

Sólo persistieron en la defensa de los indios los infatigables misioneros, y comprendido así por los naturales, amáronlos con tan acendrado amor, que desde entonces data la justa preponderancia que gozó el clero sobre las clases humildes y pobres de la nación.

Y como aquellos misioneros nada pedían para sí y sólo de la limosna vivían, los naturales dábanles á porfía cuanto habían menester y á todo se prestaban por tal de servirlos.

Un historiador dice:

«Esta pobreza de los indios era un estímulo para que les hicieran abundantes limosnas, y lo fueron tanto en

(1) P. Andrés Cavo.

los primeros tiempos, que con ellos y con el servicio personal muy voluntario y empeñoso de los indios, se levantaron casi todas las parroquias de los pueblos, que todas fueron conventos, y las muchas ermitas que se edificaron en diversos lugares y se proveyeron de ornamentos y vasos sagrados, manteniéndose las comunidades durante cuarenta años, sin que los franciscanos quisiesen recibir en este periodo la limosna que por disposiciones reales se hacía, por cuenta del erario, á las órdenes religiosas... Para formar idea de las cuantiosas limosnas que los fieles les hacían, basta citar algunos ejemplares de los muchos que se hallan en Torquemada y otros escritores de aquel tiempo. La iglesia de Santiago tuvo de coste más de noventa mil pesos, habiendo trabajado en ella de balde, así los canteros y albañiles como peones y otras gentes necesarias para la obra, con tanta voluntad y alegría como si trabajaran cosas para sí y sus hijos. En el año de 1562 se ofrecieron por los indios, el día de la conmemoración de los difuntos, en la iglesia de San José, más de cien mil tortas de pan, gran número de gallinas y tal cantidad de huevos y fruta, que con haber dado mucho á los pobres y á todos los que lo pidieron, apenas se pudo guardar lo que quedó en la *refitolería* del convento. Las fundaciones piadosas eran en tan gran número que el Ayuntamiento de México creyó deber representar á Felipe IV para que pusiera coto en ellas y evitar que todos los bienes raíces del país viniesen á ser propiedad eclesiástica.»

Dios quiso que en aquellos humildes misioneros y sus sucesores vinieran á tener una vez más aplicación aquellas consoladoras estrofas del *Magnificat*:

«Ha destruido á los poderosos y ensalzado á los humildes.

«Ha colmado de bienes á los que estaban hambrientos, y sumido en la miseria á los que estaban ricos.

«Se ha acordado de su misericordia y la ha ejercido en favor de su pueblo.»

Capítulo VI

Doña Ana de Pacheco

**D**ENETREMOS en la casa que apenas hicimos más que designar al principio del capítulo anterior.

Hallámonos en una lujosa aunque reducida cámara. Rica alfombra, rara en aquel entonces en México, cubre el entarimado del piso.

Gruesas colgaduras de seda recogidas con cordones pendientes de clavos de metal dorado, forman graciosos pabellones en las puertas y en la enrejada ventana.

De las vigas de cedro barnizado que forman el techo pende de una cadena dorada un enorme candelabro de plata de un trabajo delicado.

Debajo de él llama la atención una magnífica mesa de caoba con incrustaciones de colores, cuyos pies en forma de dobles columnas salomónicas, terminan en cabezas de fantásticos grifos espléndidamente tallados.

Las paredes están tapizadas de seda de la misma clase y color que la de los almohadones de una especie de enorme diván, que ocupa uno de los costados de la habitación.

Cerca de la mesa miranse dos grandes sitaliaes ó sillones de enormes brazos, de respaldo perpendicular y tan bien tallados como la mesa misma.

Sobre el diván pende de fuertes cordones un regular retrato de cuerpo entero que representa un joven guerrero.

La armadura con que el pintor vistió al retrato se vé en un ángulo de la habitación y en varias panoplias algunas de sus armas.

Todo respira allí, lujo, esplendidez y el gusto y elegancia de la época.

Llena por entero y en seductora colocación los almohadones de seda, la figura de una mujer soberanamente hermosa.

Siguiendo las curvas que su postura natural y graciosa permitía apreciar, podía calcularse que su estatura era alta y notable su esbeltez.

El busto de aquella mujer era de una perfección verdaderamente ideal.

Su cabeza algo mayor que la de las antiguas estatuas griegas, que algunos escultores hallan demasiado pequeñas, se asentaba por así decirlo sobre un cuello bellamente redondeado que en suaves curvas descendía hasta unirse á un opulento seno agitado por el interior impulso de una sangre ardiente y energética.

Sus cabellos de un rubio mate, peinados en trenzas, formaban en torno de la frente un rico marco é iban á recogerse en gracioso tocado sobre la coronilla prendidos con una rica joya de perlas, engarzadas en una especie de media diadema.

Sus ojos oscuros, sombreados por largas pestañas oscuras también, parecían iluminados por un fuego in-

tenso que daba á sus miradas una fuerza y un encanto supremos.

Sus labios carminados, húmedos y recogidos como un capullo de rosa de Alejandria, comprimianse en el lugar de su unión con un gesto arrebatador, indicio de energética altivez é incontrastable dominio.

El rostro, el nacimiento del seno, las delicadas manos y el brazo descubierto casi hasta el codo eran de una nítida y perfecta blancura, y la transparencia de su fina piel permitía seguir la complicada red de delicadas venas, más ó menos sonrosadas las más tenues, de un bello azul las más gruesas.

Era su traje una túnica suelta y muy larga de brillante seda blanca que, sin descubrirlas, revelaba las correctas formas del erguido cuerpo: seguía el contorno del cuadrado escote una gola de rizado encaje que se ensanchaba cerca de una cuarta detrás del cuello, formando una especie de abanico sobre el cual resaltaba la magnífica cabeza.

El peto terminaba en un agudo pico con un broche que sujetaba un rico cinturón de oro y piedras finas que, rodeando las caderas, venía á caer por delante, ensanchándose en la extremidad inferior.

Un hilo de gruesas perlas rodeaba su garganta: otros más menudos y prendidos con una esmeralda le servían de pulseras, y dos broches, también de perlas y esmeraldas, sujetaban en su escote el pequeño zapato de seda blanca que intencionalmente se descubría por completo bajo el borde de la falda, bordada en todo su contorno de una delgada orla de flores de oro.

La hermosa figura resaltaba de un modo extraordinario sobre el fondo de seda roja de los almohadones en que se reclinaba.

Unos de los sitiales próximos á la gran mesa del centro le ocupaba un caballero de edad próximamente de cuarenta y cinco años.

Vestía traje de la época, de terciopelo negro, con acuchillados de raso y bordados de azabache.

Un fino y ancho cuello de encaje blanco caíale sobre los hombros, y sus dos puntas remataban en pequeñas borlas de oro.

No ceñía espada pero sí su correspondiente tahalí de charol negro claveteado de botones de oro.

Altas botas de ante subíanle hasta los muslos.

Lucía en las mangas anchos puños de encaje blanco, tan rico como el del cuello.

Su rostro era notable por la energía de sus facciones correctas y varoniles.

El cabello y la espesa y recortada barba acusaban el color gris, precursor de las canas.

Su mirada viva y expresiva se recreaba engolfándose en el mar de fuego de los ojos de la hermosa dama.

Era ella D.<sup>a</sup> Ana de Pacheco, antiguo y primer amor del joven D. Alvaro.

Era él D. Pedro Roca de Togores, padre de D.<sup>a</sup> Leonor, la amada del mismo D. Alvaro.

En los momentos en que hemos sorprendido á uno y á otro personaje el silencio entre ellos era absoluto.

D. Pedro no apartaba sus ojos de la dama.

D.<sup>a</sup> Ana sonreía satisfecha sin duda del efecto que su vista causaba en su grave galán.

La atmósfera de la reducida habitación debía estar saturada de sensualistas aromas.

Embriagador fluido desprendíase de los ojos elocuentes y vívidos de D.<sup>a</sup> Ana.

Sus miradas iluminadoras é insinuantes caían sobre D. Pedro, produciéndole una especie de dulce embriaguez.

La víctima de aquella poderosa seducción no trataba, ni hubiéralo podido conseguir; no trataba, repetimos, de ocultar el efecto operado sobre su naturaleza.

Y cuando aquella atracción cesaba momentáneamente porque la hermosa dama empleaba sus ojos en contemplarse á sí misma, los de D. Pedro erraban sobre todo el contorno de aquella escultural figura para ir á detenerse atónitos en la punta del diminuto pié de la opulenta belleza.

No era dable otra cosa ante la magia de su hermosura.

La Providencia parecía haberse recreado en formarla.

Con pródiga mano había derramado sobre ella toda especie de encantos.

Ni el de la juventud le faltaba.

Tendría á lo más veintidos años y ni aun esos sino algunos menos representaba.

En torno suyo sentíase en todo momento ese ambiente fragante y suave que rodea á la mujer que, segura de su belleza, emplea en su cuerpo toda la atención del femenino tocador, más que por coquetería por ese instinto peculiar de todo ser hermoso que le obliga á cuidar el precioso depósito de sus gracias.

Por ese instinto el armiño cuida de la blancura de su piel y el ave del paraíso de su delicado plumero.

Todo hombre que penetra en esa atmósfera fragante y suave siente un exceso de vida, un aumento en sus pulsaciones, y su corazón palpita con extraordinaria celebridad.

Sobreviene una dulce embriaguez que invade el cere-

bro; risueños panoramas se desarrollan y dilatan ante la imaginación, y sólo parece que por especial favor de la divina Omnipotencia el hombre y la mujer asisten al instante sublime en que Dios hizo nacer á Eva de la costilla de Adán é instituyó con sus palabras sacrosantas la ley del amor y el contrato matrimonial, en los maravillosos jardines del paraíso, iluminados con la presencia del omnipotente y supremo Creador del Universo.

¡Lástima que la perversión del hombre y la flaqueza de la mujer hayan llegado á hacer un crimen de tan admirable institución y maravilloso misterio!

Creación divina, ciencia es el amor del bien y del mal.

En el primer caso, con él se adora á Dios y se vé de un modo patente su grandeza y sabiduría.

El Edén vive perdurable en la familia que de él dimana y el hogar se transforma en templo.

Su extraordinaria pureza, su arrebatador encanto puede hacer salir del *Sancta Sanctorum*, en su empíreo al espíritu Dios para ir á encarnar en el seno de la Virgen sin mancha en la figura del Redentor del Mundo.

La Virgen Madre: hé aquí el summum del amor.

De tan extraordinario prodigio no podía por menos de salir sino la salvación de la humanidad y la entrada libre al cielo y á la eterna felicidad por la senda de la virtud cristiana.

Difícil ciencia en verdad la del matrimonio cristiano; ciencia que no todos llegan á poseer.

Así lo dijo Jesucristo á sus discípulos.

«No todos son capaces de esto sino aquellos á quienes se ha dado» (1).

(1) San Mateo, Cap. XIX, v. 11.

### Un combate en buena lid

**P**OR más que á D.<sup>a</sup> Ana de Pacheco satisficiese, como en su caso acontece á toda mujer hermosa, la contemplación del efecto producido por su belleza en su apasionado adorador, aquella muda escena debía tener un término, y ella se apresuró á ponerse diciendo:

—Y bien, D. Pedro, ¿es esto cuanto tenéis que decirme?

—Perdonadme, D.<sup>a</sup> Ana; acabo de entrar en vuestra casa, y apenas he tenido tiempo de daros cuenta de que vos sois á quien miro.

—¿Tan desconocida estoy?—preguntó la dama sonriendo con coquetería.

—Podiera responderos que sí lo estáis.

—¿Cómo así?

—Muy fácilmente, si cien veces al día me dispensáis el favor de admitirme en vuestra presencia, cada una de ellas me parecéis distinta mujer.

—No os comprendo.

—¿No me comprendéis ó no queréis comprenderme?

—Confieso...

—¿Por qué os detenéis, D.<sup>a</sup> Ana? No, no podéis dudar-lo; seriais injusta con vos misma. Vuestra imperial hermosura aumenta y crece cada día, y os desconozco porque cada vez que os veo, os encuentro más hermosa que la última vez que os vi.

—Agradezco la lisonja, que, sin embargo, no disculpa vuestro silencio.

—¡Ah! D.<sup>a</sup> Ana, ¿qué queréis que yo os diga?

—Donosa pregunta.

—Que no obstante no habéis sabido contestar.

—Os preguntaré á mi vez, ¿á qué, pues, habéis venido?

—A admirar vuestra prodigiosa belleza, á convenceros una vez más de la idolatría de mi pasión.

—Eso ya es decir algo, — observó sonriendo D.<sup>a</sup> Ana.

—¿Puedo deciros algo más? ¿me lo permitis acaso?

—¿Os lo he impedido alguna vez?

—¿Queréis, adorable D.<sup>a</sup> Ana, darme á entender que puedo al fin no exigiros, pero sí al menos suplicaros que correspondáis á mi pasión?

—No, D. Pedro, siempre y hoy como siempre, os he negado y continuaré negando derecho alguno á esa esperanza.

D. Pedro frunció el ceño, y con grande energía dió un fuerte golpe con su crispado puño en la tabla de la mesa que á su lado tenia.

D.<sup>a</sup> Ana no se inmutó ni en lo más mínimo.

Antes bien, sonriendo con indescriptible gracia, observó:

—Habéis cometido, Sr. de Togores, una inconveniencia impropia de vuestros años; pero de buena voluntad os la

perdono: la causa es independiente de vuestro dominio, pues ninguno reconoce el amor.

—¡Ah! D.<sup>a</sup> Ana. ¿Al fin reconocéis que os amo?

—No lo he dudado jamás.

—Y no obstante...

—No os amo: ¿eso ibais á decir? no os engañáis; pero sabéis que tampoco á nadie aprecio como os aprecio á vos, ni trato con más íntima confianza. Pero con nada os contentáis, y hé aquí que exigís, señor D. Pedro, lo que ningún hombre debe exigir á una mujer: que le mienta amor. ¿Acaso os satisfaría que yo correspondiera á vuestra pasión, que juzgo sincera, con una fingida pasión?

—D.<sup>a</sup> Ana, no sé qué responderos. Viniendo de vos, aun el fingimiento podría ser una felicidad.

D.<sup>a</sup> Ana dejó la seductora postura que hasta entonces habia conservado, y sentándose en los rojos almohadones, bajó ambos piés sobre la alfombra.

La larga falda de blanca seda, quedó en parte recogida sobre el asiento, y dejó al descubierto los delicados piés hasta más arriba del tobillo.

D. Pedro estaba aturrido ante aquella mágica suavidad de formas, y su cerebro vagaba próximo á perderse en una atmósfera saturada de fluido embriagador.

Pero la edad acudió en su auxilio con su tanto de reflexión, y le hizo permanecer inmóvil sin que diese á conocer la emoción que le embargaba, sino en las contracciones eléctricas de su rostro grave y varonil.

El de D.<sup>a</sup> Ana habia tomado una expresión de rigidez y enojo verdaderamente olímpicas.

Hubiérasela podido tomar por la diosa Juno irritada por la elección de Paris en su célebre juicio.

Bella como el cielo durante una tormenta de verano,

su ira, próxima á estallar, sólo alcanzaba á añadirle nuevos encantos.

Por fin se decidió á hablar sin que el enojo pudiera disminuir en un ápice la ardiente, sentida y dulce armonía de su voz gratísima y musical.

—¡Quiere decir,—observó,—que mi presencia sólo á los sentidos habla: quiere decir que mi poder sólo llega á la materia sin traspasar los límites del espíritu!

D. Pedro, esta es la verdad, no supo qué responder.

D.<sup>a</sup> Ana se puso en pié.

Su gallarda apostura, la mágica esbeltez de su cuerpo que pudo entonces lucir en toda su majestad, acabaron de imponer al noble caballero de Togores.

D.<sup>a</sup> Ana avanzó dos pasos y retrocedió otros dos con una especie de natural y gracioso quiebro.

La larga cola de su vestido de seda, pasó por este movimiento á quedar delante de sus piés, descendiendo en artísticos pliegues desde la redondeada cadera.

Con un brazo extendido á todo lo largo de su cuerpo, y doblado el otro para mostrar el puño cerrado de la mano derecha, apoyándose entre el seno y la cintura del lado del corazón, D.<sup>a</sup> Ana parecía una hada de las baladas alemanas, acabada de posarse sobre los tapices que cubrían el piso.

—D. Pedro,—exclamó,—sois indigno de mi amistad, único bien de que yo puedo llamaros á participar.

A un hombre de guerra como el Sr. de Togores, á un caballero avezado á las lides de toda suerte, no se le lanza impunemente al rostro un apóstrofe como aquel.

Su pundonor lastimado le salió al rostro tiñéndole de grana, que desapareció rápida para hacer plaza á una extrema palidez.

Pero conteniéndose como cumple en caso semejante á todo buen caballero, D. Pedro exclamó con voz ronca y apasionada:

—¡Y no obstante, no puedo dejar de amaros!

Al decir esto púsose en pié, y humildemente inclinó la frente en homenaje respetuoso.

—Quiero creerlos,—respondió D.<sup>a</sup> Ana,—y no os retiro mi amistad. Sentaos, D. Pedro, sentaos: no quiero que os retiréis de mi casa enfadado conmigo.

—Señora, os obedezco y estimo en todo su valor ese favor: mi vida está en vivir próximo á vos. Ojalá para que vos pudierais decir otro tanto, me fuera dable, por cualesquiera artes y á cualquier precio, sin exceptuar el de mi eterna salvación, ser ante vos un D. Alvaro.

D.<sup>a</sup> Ana no pudo sustraerse al dolor que le causó la herida que en su amor propio acababa de hacer D. Pedro intencionalmente.

—¡Sois menos noble de lo que deberíais serlo!—observó melancólicamente.

—Perdonadme, no es, os lo juro, una recriminación que no tengo derecho á haceros. Es una queja de un dolorido y amoroso corazón.

—¿Por qué no he de creerlos, D. Pedro? Si amáis como yo amé, sois bien desgraciado! Pero no; si lo sois, lo sois bastante menos que yo. Yo fui engañada por D. Alvaro, vos no lo sois por mí; mi amor se alimentó con una ilusión falaz; del vuestro podéis curaros con el desengaño que leal y franca os doy.

—¿Y lo creéis un bien?

—Sí, puesto que sabéis á qué ateneros.

—¡Ah! D.<sup>a</sup> Ana: en el amor más que en ninguna otra cosa, una hora de vida es vida.

—¿No lo creáis!

—¿Os atreveríais á negarme que más de una vez os recreáis en el recuerdo de aquellos días de pasión?

Esta vez fué D.<sup>a</sup> Ana la que no pudo responder.

—¿Lo veis? Calláis y el silencio en lides de amor, suele ser elocuente respuesta. Yo os afirmo que para la herida que lleváis en el alma, sólo disponéis de un bálsamo, el recuerdo de aquellos días, por más criminales que los juzguéis.

—¡Criminales! ¡criminales! decís bien, ¡muy criminales! pero ¡ay de mí! ¿qué podré yo hacer contra lo ya pasado?

D. Pedro creyó haber ganado terreno bastante con haber conducido la conversación á aquel extremo, y loco, ciego ó amante, que es lo mismo, se aventuró á preguntar:

—¿Pedís un consejo?

—Sí, si sabéis lo que vais á decir.

—Pues héclo aquí: vos sabréis si podéis seguirle.

—Decidle.

—Volved á amar.

D.<sup>a</sup> Ana sonrió con supremo desdén, y con reposada voz dijo:

—Bien hacía yo en temer que no supierais lo que ibais á decir!

—¡D.<sup>a</sup> Ana!..

—Sí, D. Pedro; las mujeres con las cuales me hacéis el ningún favor de confundirme, jamás supieron amar. Yo, me rehabilitaré ante vos; amé con todo mi corazón. No sé si mi falta podrá ser algún día perdonada; pero si puedo aseguraros que es de las que merecen perdón. Única en mi vida, yo sé bien que no volverá á repetirse. Amé por error, no por crimen. Por eso no me arrepiento

de haber amado; lo lamento únicamente. Y pienso en aquel que amé, y á pesar de su indecoroso comportamiento para conmigo, no le creo indigno de haberle amado; una pasión como la mía, se ofende de imaginarse que puede haber honrado con sus transportes á un hombre indigno de ella. ¿Por qué él se alejó de mí? No lo sé, ni vos podríais decírmelo de modo de poder convencerme. Me diríais la verdad, y yo os respondería que mentíais. No hay razón, porque amo, y no quiero que la haya. ¿Comprendéis, D. Pedro, lo que por mí pasa?

—Lo comprendo, sí, D.<sup>a</sup> Ana; lo comprendo. Amáis aún á D. Alvaro: por eso mismo le aborrezco yo con todos mis sentidos y facultades. Si de mí dependiese, le reduciría á polvo entre mis manos. Perdonadme, doña Ana, que así me exprese. Puesto que halláis disculpas para vuestro amor, no las neguéis al mío.

—Pudiera deciros, —observó D.<sup>a</sup> Ana, —que vuestro caso es en un todo diferente al mío pero no lo crearíais y por eso no lo digo.

—Bien hacéis y os lo agradezco.

—Pero sea como sea, vos no debíais odiar á D. Alvaro.

—¿Queréis decirme por qué?

—Porque no es él quien estorba que yo agradezca vuestra pasión, sino yo misma.

—No lo ignoro, D.<sup>a</sup> Ana.

—Entonces, ¿por qué le odiáis?

—Por que mientras vos le améis, nada puedo intentar contra él; pues si lo intentase, vuestro rencor...

—¡Oh! si, tenéis razón, con mi rencor procuraría aplastaros y confundiros!

Al decir esto los hermosos ojos de D.<sup>a</sup> Ana brillaron con siniestra luz.

—Lo sé; contáis con todas las armas para ello.

—Pero... ese caso no llegará. ¿No es cierto, D. Pedro?

—Al menos por hoy deseo que no llegue; pues si bien ningún premio obtiene mi amor, que me permitáis hablaros de él sin mostraros ofendida, es un grande consuelo para mí.

—Pues bien, D. Pedro: sed aún más generoso conmigo.

—¿Qué queréis?

—Concededme para D. Alvaro la mano de vuestra hija D.<sup>a</sup> Leonor.

D. Pedro, con nerviosa celeridad, apoyó ambas manos en los brazos de su sillón, y sirviéndose de ellas como de un resorte, se puso violentamente en pié, exclamando:

—D.<sup>a</sup> Ana, ¿qué es lo que me pedís?

—Que me concedáis hacer por D. Alvaro mi último sacrificio: el de verle feliz en brazos de otra mujer.

—D.<sup>a</sup> Ana; ¡eso es imposible!

—¿Por qué?

—Por que amo á mi hija con todo mi corazón de padre, y no puedo dársela á un hombre á quien aborrezco con todo mi corazón de hombre.

—¿Es decir, que ese amor que ante mí depositáis, necesita vivir de mi deshonra?

—D.<sup>a</sup> Ana, no os comprendo.

—Toda la ciudad dice que con mi amor os obligo á negar á D. Alvaro la mano de D.<sup>a</sup> Leonor.

—¡Mienten! sí; ¡por desgracia mienten!

—¿Y cómo vais á convencer de ello á los que tal dicen?

—¡En verdad que no lo sé!

—¿Cortaréis conmigo las relaciones de amistad, dejando de verme y visitarme?

—¡Jamás!—exclamó D. Pedro con energía.

—Entonces, ¿qué podréis hacer?

—Cortar una á una las lenguas que se atreven á ofenderos.

—Eso, Sr. de Togores, corresponde á mi esposo Alonso de Pacheco.

—Y en su ausencia á mí, que soy caballero, y á quien Alonso de Pacheco ha confiado vuestra custodia mientras permanezca en las Hibuera.

—Pues ved, D. Pedro, que si así cumplís vuestro encargo, no quedará á Alonso de Pacheco ni un girón de su honra, pues lo que menos se diría, es que en este lance siendo parte, os constituíais juez.

—¿Qué otro recurso entonces?

—Ya os lo dije.

—¿Dar á D. Alvaro la mano de D.<sup>a</sup> Leonor?

—No sé de otro.

—¿Debiera decir que sí, por sólo ponerlos á prueba?

—Pues decidlo.

—¿Luego entonces no amáis á D. Alvaro?

—¿Qué sabéis vos de estos achaques!

—D.<sup>a</sup> Ana; á la verdad no sé cómo explicarme vuestra conducta.

—¿Qué veis de extraño en ella?

—No lo sé.

—¿Pero algo teméis?

—Mal haría en negarlo.

—Decidlo.

—¿Queréis unir á D.<sup>a</sup> Leonor con D. Alvaro para vengaros de éste, haciendo desgraciada á D.<sup>a</sup> Leonor?

—¿Cómo podría hacerlo?

—¿Cómo? ¿acaso puede existir mujer tan orgullosa de sí misma que no pueda sentir celos de vos?

—Sí, D. Pedro.  
 —¿Cuál?  
 —Vuestra hija.  
 —¡D.<sup>a</sup> Ana, ved que es mi hija y la insultáis!  
 D.<sup>a</sup> Ana se irguió sobre sí misma con arrogante actitud y con voz vibrante y sorda, dijo:

—No la insulto D. Pedro, mas si tal bajaza cometiese, ella lo habría querido.

—¡D.<sup>a</sup> Ana, ved por piedad lo que decís!

—En ese mismo sillón en que os apoyáis, y dos horas antes que vos le ocupaseis, se ha sentado vuestra hija doña Leonor de Togores.

—¡Mi hija! ¿qué pudo venir á buscar aquí?

—A una supuesta rival.

—¿Ella?

—Ella, sí; ella misma.

—¿Qué se atrevió á decirnos?

—Lo que deseo que no me obliguéis á repetir, porque sería capaz de aborreceros! — contestó visiblemente demudada D.<sup>a</sup> Ana.

—¡Oh! ella me lo dirá, — observó D. Pedro tomando su espada y colgándola de los garfios de su tahali.

—Os prohibo usar con ella ni de la más mínima violencia: ¿lo oís, D. Pedro? ¡os lo prohibo!

—¡Ah! D.<sup>a</sup> Ana, ¡una hija mía se ha atrevido á insultaros!

—Así es, D. Pedro, la verdad.

—¿Prevalida de qué? ¿qué armas ha podido blandir contra vos?

—¡La única que yo no he podido oponerle!

—¡Ah! D.<sup>a</sup> Ana, ¡me estáis desgarrando el corazón!

—¿Entonces habéis adivinado cuál fué esa arma?

—¡D.<sup>a</sup> Ana, D.<sup>a</sup> Ana! ¡porqué D.<sup>a</sup> Leonor es mi hija!  
 —¡D. Pedro, no blasfeméis ó seré capaz de aborreceros!  
 D. Pedro cayó anodado á los piés de aquella hermosa criatura, y murmurando:

—¡Perdon! ¡perdon! ¡para mi hija y para mí!

—Alzad de ahí, D. Pedro, y á vuestra vez perdonad mi exaltación, pero creedlo; yo que no he sido mala sino por error; yo que nací para ser buena; yo que quizás lo soy aún después de mi falta, no me imaginaba que la virtud pudiese hablar tan dura y rudamente. Sin duda es la virtud un gran poder, porque vuestra hija me obligó á bajar la frente.

—¡D.<sup>a</sup> Ana, lo que decís es horrible! Mi sangre que hasta su última gota está pronta á derramarse por vos, ¿ha osado contra vos levantarse? ¡oh! yo la obligaré!..

—¡Callad, D. Pedro, callad! no me obliguéis á odiaros en homenaje á la limpia virtud de vuestra hija. ¡Doña Leonor os escucha!

Al oír estas palabras, D. Pedro estuvo á punto de caer desplomado, pero haciendo cuanto le fué dable para mantenerse en pié, retrocedió algunos pasos dejando una corta distancia entre él y D.<sup>a</sup> Ana, á cuyos piés vino á postrarse una mujer repitiendo entre sollozos:

—¡Perdón, señora, perdón!

—¡Mi hija! — exclamó D. Pedro cubriéndose el rostro con las manos, y rompiendo amargamente á llorar.